

# LA BELLEZA DEL FRACASO

POR FRANCISCO GRANDMONTAGNE

Voltaire sintió una vez profunda conmiseración por los peces voladores. “¡Pobrecitos! Si ascienden por la atmósfera, se los tragan las aves marinas, y si descienden al fondo del mar, son devorados por los otros peces mayores.”

¡Triste condición la suya! Pasto de los volátiles arriba, o comidos abajo por los cetáceos. De nada les sirve ¡infelices! su doble facultad, que les permite nadar y volar. No son más desventurados los tullidos, que ni vuelan, ni nadan, ni andan.

“En la Naturaleza viva todo tiene su contrario”, dice el P. Mariana, el único historiador español que posee cierto sentido filosófico de la Historia. Los demás, incluso Lafuente, el oficial, discurren sobre los sucesos pasados con intensidad equivalente a la que ofrece sobre los actuales el señor de Alhucemas, cuya sabiduría a premiado Alfonso XIII con un título (\*?africano).

Efectivamente, amado padre; todo tiene su contrario en la Naturaleza. De esta guerra continua, múltiple, envolvente, dura, cruel, en que cada ser es, a la vez, agresor y agredido, victimario y víctima, surge, en el reino animal, la perfección de las especies por supervivencia de los más aptos, y en la sociedad humana, el progreso por el triunfo de los más hábiles. Ese es el terrible axioma de la ciencia.

El pez volador parece, sin embargo, más hábil que todos los peces que no vuelan; nadando, es también más apto que todas las aves acuáticas. Todo inútil: la doble facultad no le sirve para nada. Si vuela, lo cazan; si nada, lo pescan. Su única ventaja sobre los demás seres consiste en que puede elegir el género de muerte; sólo a él, entre todo los vivientes, le es dado el privilegio de escoger la manera de salir del mundo. Sófocles, en su “Electra”, dice que el peor mal de los (\*?hombres) no es el morir, sino el no poder morir cuando (\*?uno mismo lo desea). Esta terrible inquietud del trágico griego no existe para el pez volador; puede optar entre el aire y el agua.

Ni abajo ni arriba puede el pez volador sobrevivir en la lucha por la vida. Pero la especie, aunque muy trágicamente, sigue viviendo; fenómeno que puede observarse en las costas del Brasil, tan familiares a mis ojos. Sin duda, se defiende contra su sino fatal por medio de una abundante reproducción. ¿No se tratará de los peces de las multiplicaciones bíblicas? Todo es posible. La naturaleza tropical es capaz de todos los milagros germinativos y fecundantes. Sólo en la Biblia y en Brasil son posibles las multiplicaciones hasta lo infinito.

Tiene el pez volador las dos más importantes aptitudes: pero en ambas es igualmente impotente. Ante su desdicha, cabe aventurar una hipótesis. “Es posible que haya un deplorable trastrueque en las funciones de sus órganos dúplices: quizá nade en el aire y vuele en el agua. El supuesto no es absurdo, pues lo demuestra su triste fin en uno y otro elemento.

Pero ¿qué propósito pudo tener la Naturaleza al formar este paradójal organismo? Sin duda, su primera intención fue crear un pájaro. Y empezó por las alas, órgano esencial en las aves. Luego, algún colaborador aturdido, o bromista y guasón, quizá el diablo, que tiene notoria ingerencia en la magna hilandería de la vida universal, confundió adrede los órganos y le puso aletas para volar y alas para nadar. Y de ahí la miserable tragedia en que vive, ya sea volando, ya sea nadando. Se explica que hasta el impío Voltaire tuviera un momento de piedad. El pequeño Arouet, como le llamaban sus profesores jesuitas, no era tan perverso como éstos creían. Seguramente, la Compañía, que algo tiene de cetáceo, en poder y tragaderas, no se ha conmovido nunca ante la tragedia de los peces voladores.

Reconozcamos que esta solución, fundada en una chanza del diablo, no es muy científica. ¿Pero acaso la ciencia puede darnos otra más exacta? La ciencia nos dirá “como” nada y vuela el pez volador; pero no “por qué” vuela y nada. Nietzsche, antes de quedarse sin razón, dió una muy buena sobre este punto: “La ciencia es grande en los detalles y pequeñísima en el todo.” Generalmente, se conforma con ponerle nombre a las cosas. Ya Carlyle nos dice que todo es cuestión de una nomenclatura apropiada. A la facultad de la palabra debemos la ilusión del conocimiento.

Pero en este problema específico de los peces voladores, quizá pueda probarse de una manera científica la diabólica confusión de que venimos hablando. En esta probatura nos va a prestar el auxilio de su genio soberano el creador de la filosofía natural Newton, del cual es este concepto: “El Universo ha sido hecho de un sólo golpe.” La afirmación, rotunda, contundente, resulta un poco extraña en un filósofo de la Naturaleza, o en un naturalista filosófico, pues no cabe nada más formidablemente abstracto que este concepto del hombre que estableció definitivamente las leyes de la gravitación universal. Admitido que de un sólo golpe, súbitamente, fué creado el Universo, cualquier error o intencionada confusión luciferina que se deslizase en el “in promptu” creador, no pudo tener luego arreglo posible. Las formas de las especies son inmutables. Y de este hecho, que está al alcance de cualquier tuerto, debió deducir Newton que la creación del Universo fué obra de una acción improvisada y repentina. “Hágase y se hizo.” Los místicos llaman “soplo divino” a esta celeridad ejecutiva. Newton dice “golpe”, término que se aviene mejor con los principios naturalistas. Todo es cuestión de una nomenclatura apropiada. Construido así el Universo, de un sólo golpe, los peces voladores, víctimas de una broma demoniaca, o de un error en el golpe providencial, quedaron condenados a sufrir eternamente los efectos de su deplorable contextura orgánica, que malogra todos sus esfuerzos en el aire y en el agua. (La responsabilidad de esta interpretación corre enteramente por cuenta de Newton.)

Según Haeckel, el primer firmante de aquel famoso manifiesto de los 93 sabios alemanes, la ballena, por no sé qué parentesco vertebral, viene a ser prima en décimo grado del hombre. He aquí un caso en que conviene estar lejos de la familia. Hemos releído las dos obras fundamentales y macizas de Haeckel, “Morfología general” y la “Historia de la Creación”, que es mucha historia para un hombre solo, aunque sea el primero de los 93 sabios de Alemania. Alimentábamos la esperanza de hallar el grado de parentesco entre los peces voladores y las águilas caudales; pero no hemos encontrado, a través de los ataques al pobre Agassiz, y de las alabanzas a Darwin, de cuya doctrina naturalista viene a ser Haeckel el San Pablo difundidor, una sola alusión a esos desdichados peces que, por su azarosa y trágica vida en el aire y las aguas, obraron el milagro de enternecer el seco corazón de M. Voltaire. Olvido inexplicable. ¿Pueden faltar en la “Historia de la Creación” los peces que vuelan, la nota más interesante de todo lo creado? Reparemos la falta de Haeckel, disculpable, después de todo, en quien comprende la abrumadora tarea de historiar todo lo existente. Y ya que fueron excluidos de la “Historia de la Creación”, consagremos a su doble facultad y doble martirio el homenaje admirativo de este folletón de EL SOL.

\* \* \*

Asomados a la borda, los pasajeros contemplan el espectáculo de los peces voladores. Como cohetes encendidos, cruzan sobre la blanca cresta del oleaje; el sol de los trópicos bruñe las escamas, que despiden vivos y fugaces fulgores. La inmensa soledad marina cobra la animación de la pirotecnia. Al levantarse del mar, fórmase en el agua un diminuto y ridículo remolino, como si fueran a romper con su esfuerzo baladí la unidad del vasto piélago; y alzando con cierto estrépito, igualmente grotesco entre la colosal sinfonía del océano. El vuelo es precipitado, rapidísimo; y cuando en el aire se les acaba el aliento—¡vaya una paradoja!—, no se posan, caen desplomados, sin gallardía, unos de cabeza, otros de lomo, otros de cola, y todos de cualquier manera. Ya dijo Napoleón: “Puede uno detenerse cuando sube, pero no cuando descende.”

Alguna vez, en su aturdido vuelo, vienen a caer sobre la tercera del buque, entre la turbulenta emigración, que también salé para América, huyendo de los cetáceos de la plutocracia europea. La frecuencia de los trasatlánticos por aquellos mares no les ha enseñado aún a distinguir las clases en que se divide la Humanidad. Pero no aventuremos hipótesis temerarias. Quizá les guíe a la proa su instinto democrático. No corren por ello mejor suerte. Los desventurados fenecen allí, en medio de un jolgorio vil. “Todavía es un consuelo hallar en las desgracias quien se duela de ellas” dice Don Quijote. Para los peces voladores no existe este consuelo. Aquella plebe astrosa, por dentro y por fuera, es incapaz de emoción admirativa ante aquellos colegas en impotencia, vencidos como los mismos emigrantes en la lucha por la vida.

Los viajeros de cámara emiten diversas opiniones sobre estos originales seres hidrovólátiles. Algunos

creen que vuelan por deporte. Otros sostienen que huyen de la guerra tenebrosa de las honduras. La serena inexpressión de la cara de los peces impide comprobar la exactitud de los varios asertos. Cada cual “macanea” a su talante. Al atravesar el trópico, el aire tibio sugiere pensamientos de amor. Y no falta quien afirma, al ver a los peces volar, unos tras otros, que se levantan del agua por el encanto de amarse en el aire. Este desove en el éter no carece de poesía, aunque no sea verdad, cosa, desde luego, muchos menos importante. Por último, alguien, anacoreta malogrado, metido por accidente en el mundo y en su tráfigo absurdo, emite una opinión mística, sosteniendo que estos peces vuelan por creer que el cielo es una continuación del mar. Sus repetidos fracasos no les disuade de su bello ideal: la conquista de las estrellas.

Todos los pasajeros sostienen dogmáticamente su parecer. Pero, en punto a seguridad de juicio y a su expresión rotunda, nadie ganaría a un señor naturalista que conocí a bordo de uno de mis viajes de retorno a Sudamérica. Este grave sabio, rubicundo y recio tudesco, con cabeza sillar, regresaba de Paraguay, adonde fuera con el fin de conocer una mariposa que solo existe en el vasto Chaco de aquel país. La mariposa tenía un nombre nacional, en la bella lengua guaraní. El sabio se lo quitó y le puso otro, de raíz griega, regresando a Europa muy satisfecho de su misión científica. Yo me permití insinuar que ni en las alas de una mariposa circularía el griego por el Chaco paraguayo; pero él me envolvió, justamente con veintiún millones más de hermanos, en una sonrisa despectiva: “España siempre tan atrasada”... Respondí al punto: “Debo advertirle, señor, que España fué al Chaco paraguayo antes que Alemania.” El ganso sapiente perdió la sonrisa.

Aquel diligente investigador de la vasta familia lepidóptera compadece, con el aire benevolente de todo sabio, a sus compañeros de viaje, que no sabemos como se llama, científicamente, el pez volador. Nos dice su nombre, un nombre latino puesto por Linneo, el Bautista de los animales. Los comerciantes que vienen a bordo se quedan asombrados, advirtiendo por primera vez que en el mundo hay algo más que comprar telas en Inglaterra, para venderlas en Buenos Aires.

Cierto que el sabio no sabe por qué vuela el pez volador; esto sólo lo sabe —si acaso lo sabe— el propio pez. Pero el naturalista créese el colmo de la sapiencia al saber cómo está designado el pescadillo volátil en el registro bautismal de la oceanografía. Para los sabios es más importante conocer el nombre de las cosas que saber lo que son, ya que lo que son acaso no se sepa nunca. Con la vida humana, y con esto que llamamos sociedad, ocurre lo mismo. Nos conocemos por los nombres, no por otra cosa. El hombre es tan incomprensible y misterioso como el pez volador. Y quizá sea también tan desgraciado, en su agresora y agredida convivencia con los demás, como lo es este mísero pececillo, ya nade entre los cetáceos, ya vuele entre las aves.

Su doble fracaso encierra una belleza trágica, que no han logrado alcanzar los más excelsos poemas que idearon las glorias más puras de la literatura universal. Pero los grandes mártires sólo han tenido apologistas modestos, como les ocurre conmigo a los peces voladores. Si en los infortunios resplandece la virtud, como dice el amigo Aristóteles, no hay en el aire ni en las aguas seres más virtuosos. Ingeridos vivos y palpitantes en el antro estomacal de los ballenatos, o colgados en los picos protervos de las aves marinas, aún sufren, ¿habrá mayor desdicha? un tercer género de muerte, más ignominiosa, entre los pies groseros y adrianes (vulgo juanetudos) de la astrosa emigración, que así inicia, con esta parva pesca, su conquista de América.

¡Adiós, peces voladores! En las alturas, en las profundidades, o sobre la cubierta de tercera, sirvan de modesto epitafio a vuestro martirio estas líneas de un hombre piadoso que profundamente admira vuestra doble facultad, tan maravillosa como inútil...

*(De “El Sol”, de Madrid,  
2 de noviembre de 1.920)*

#